COMERCIO Y CRECIMIENTO

Emilio Ontiveros

El contraste entre el pasado año y el actual no puede ser más acusado en lo que a la expansión del comercio y el crecimiento económico mundial se refiere. Con datos de la Organización Mundial de Comercio (OMC), en 2000 el comercio mundial de mercancías creció un 12%, al tiempo que la producción mundial lo hizo un 4.5%. La continuidad de esa diferencia entre tasas de crecimiento del comercio y del PIB mundial determinó que el ratio entre el valor de ambos alcanzara un 29%, 10 puntos porcentuales más que al comienzo de los noventa. Un año que en nada tiene que envidiar a los mejores del último medio siglo.

La situación en 2001 es bien distinta. En la primera mitad del año el comercio creció solo un 2% en relación con el mismo periodo del año anterior, pero en el segundo trimestre hubo un descenso sobre el mismo trimestre de 2000, el primero desde 1998, en plena crisis del sureste asiático. En conjunto, este año será el de peor crecimiento del comercio mundial desde 1982. Si tenemos en cuenta que la desaceleración ya fue importante antes de los acontecimientos del 11 de septiembre, es comprensible la inquietud con que se contempla la evolución en el próximo año de esos intercambios. El deterioro de la confianza de empresas y familias es muy probable que se manifieste de forma particularmente adversa en sectores como el turismo y el transporte, además de contraer la demanda general de exportaciones, con efectos especialmente adversos en los países menos desarrollados.

En ese contexto, la celebración de la Conferencia Interministerial de la OMC en Doha (Qatar) era algo más que un test acerca de la capacidad de alejar las amenazas de proteccionismo, siempre estrechamente asociadas a los momentos de desaceleración económica. Que esa reunión concluyera con un acuerdo en mantener la continuidad en las reformas y liberalización comercial en el seno de esa organización, concretado en el lanzamiento de una nueva ronda de negociaciones, así como la ampliación de su base de países miembros, son señales inequívocamente favorables, en mayor medida cuando recordamos el fracaso de la reunión anterior en Seattle, hace dos años.

La incorporación definitiva de China a la OMC, tras quine años de negociaciones, es una de las señales de confianza que se han derivado de esa reunión. Su trascendencia es difícil de minimizar, no solo por los atractivos derivados de ese mercado potencial de 1.300 millones de consumidores, sino por la inserción de ese país en uno de los sistemas multilaterales, de cooperación internacional, más importantes. Si las implicaciones estrictamente económicas tardarán tiempo en percibirse, las de naturaleza política, asociadas al compromiso de las autoridades chinas por el fortalecimiento del sistema de relaciones internacionales, además de los concretados en la apertura y modernización de su sistema económico, ya constituyen un importante factor de normalización del entorno internacional.

Si, como parece previsible, el ritmo de crecimiento de las economías más importantes inicia su recuperación a partir de la segunda mitad del año próximo, también lo hará la expansión del comercio mundial, pero sobre bases más sólidas y universales que las existentes al comienzo de este aciago 2001.

Emilio Ontiveros es Consejero Delegado de Analistas Financieros Internacionales y Catedrático de Economía de la Empresa de la UAM.